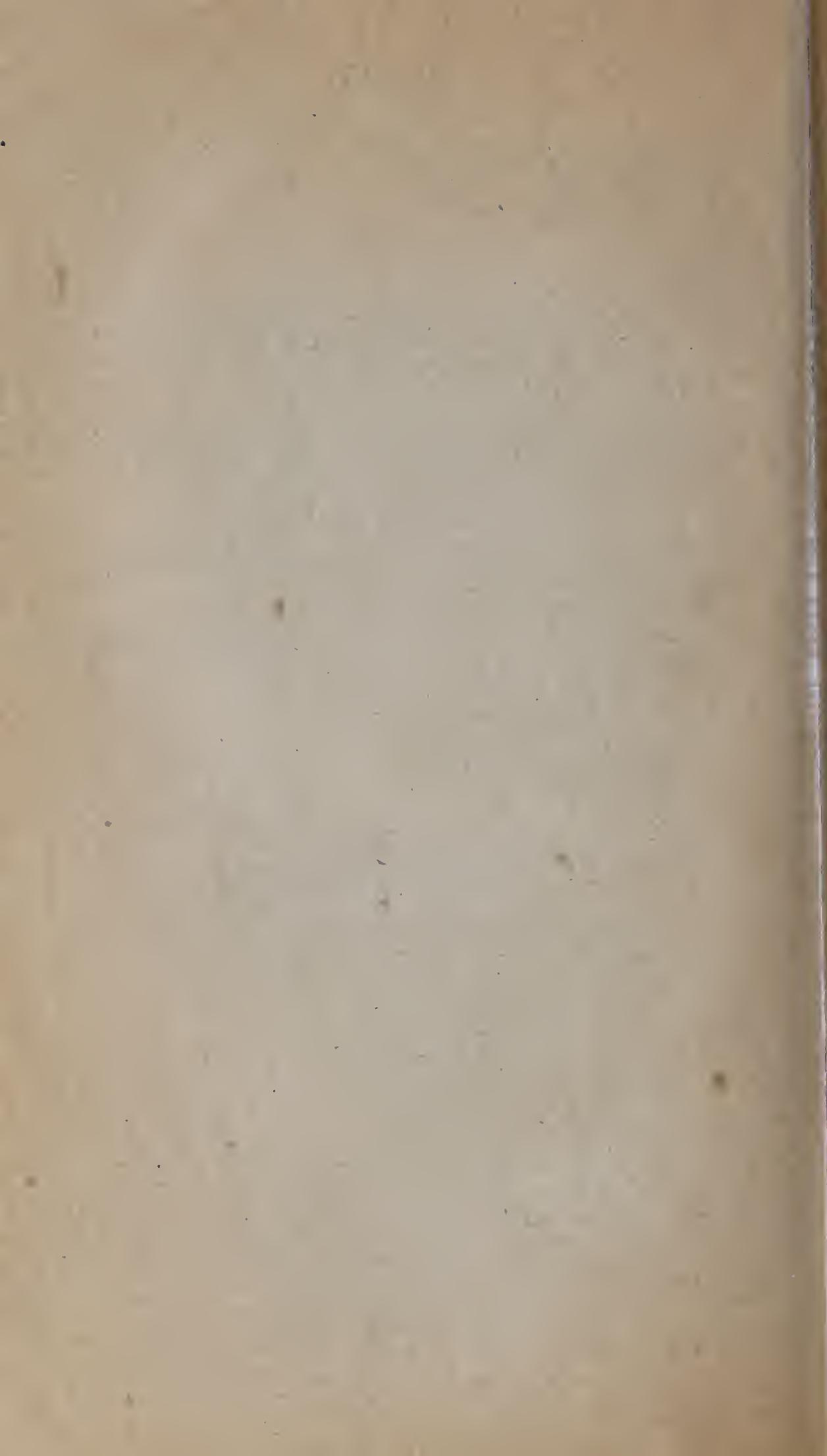


9090

La propiedad es un robo

—
1. acto.



LA PROPIEDAD ES UN ROBO,

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro de Verano (Circo de Paul),
en la noche del 3 de Junio de 1869.

Charlain.
60.

MADRID.

IMPRESA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1869.

PERSONAJES.

ACTORES.

ELISA.....	STA.	GUERRA.
ANTONIA.....		NAVARRO.
DON CLETO.....	SR.	MARTINEZ.
LUIS.....		DIAZ.
JUAN.....		BUSTAMANTE.

La propiedad de esta obra pertenece á D. José Maria Moles, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los corresponsales de la Galeria dramática titulada *El Teatro Contemporáneo*, que administra D. Alonso Gullon, son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

AL SEÑOR DON CIPRIANO MARTINEZ.

Su leal amigo,

El Autor

678308

ACTO ÚNICO.

Sala general de una fonda. Á la derecha la habitacion de D: Cleto. á la izquierda la de Luis. Puerta al fondo.

ESCENA PRIMERA.

ANTONIA, JUAN.

JUAN. Antonia, yo soy muy bruto.

ANT. No lo tienes que jurar.

JUAN. Y como llegue á pillarte en algun renunció... ¿estás? te rompo un par de costillas con toda tranquilidad, me quedo despues muy fresco, y si te vuelvo á pillar vuelvo otra vez á vengarme en las costillas, y en paz.

ANT. Hombre, yo no te he faltado.

JUAN. ¡Toma! No faltaba más; pues si llegas á faltarme, haré una barbaridad, como te he dicho mil veces.

ANT. No seas zopenco, Juan.

JUAN. Vaya... pues me da la gana.

ANT. Pues eres un animal.
Las criadas de una fonda
deben ser amables...

JUAN. Ya,
pero cuando son casadas,
puede su amabilidad
tener malas consecuencias.
Tú te dejas requebrar
por el señor don Luis,
que es un jóven inmoral
que se ha venido á Alicante
sin duda para lograr
que yo le de una paliza,
y al fin lo conseguirá.

ANT. Ya te guardarás tú bien.

JUAN. Qué me tengo de guardar!
Tú eres mi mujer y yo
soy tu marido.

ANT. Cabal;
pero nuestro matrimonio
no has querido declarar,
no sé por qué tonterías;
y pues que secreto está,
no tienes ningun derecho
á esclavizarme. Además,
que tú eres republicano.

JUAN. Á mucha honra.

ANT. ¡Pues ya!

JUAN. Precisamente por eso
no he querido declarar
á nadie mi casamiento.

ANT. Pero, hombre, ¿qué razon hay?

JUAN. Mis convicciones políticas,
mi partido, mi...

ANT. Bah! Bah!

JUAN. Yo debo ser partidario,
á fuer de buen liberal,
del matrimonio civil,
que pronto establecerán.
Contigo me casó el cura,
que fué una debilidad
por mi parte, lo confieso,

no lo pude remediar,
pero me gustabas tanto,
que dije... vamos allá.
Se hizo la boda en secreto,
y cuando haya libertad
de casarse civilmente,
mi esposa te llamarás,
pues nos casará el albéitar
ó el remendon del portal.
Con eso tú habrás cumplido
tu gusto, que era el estar
casada como tu madre,
ante cura y sacristan;
y no dirá mi partido,
que cuando me fuí á casar,
no lo hice yo como debe
hacerlo un buen liberal.

ANT. Bien; pues miéntas el albéitar
no nos case, aguantarás
que todos me echen requiebros,
y que don Luis Almazan,
el huésped de ese cuarto,
que es el que te irrita más,
me diga que le hago gracia,
que mis labios son coral,
mis ojos luceros, y
otras muchas cosas.

JUAN. ¡Ya!

(Suena una campanilla.)

ANT. Llaman.

JUAN. Del cuarto segundo.

(Vuelve á sonar la campanilla.)

ANT. Y tienen prisa.

JUAN. Allá va... (Váse fero.)

ESCENA II.

ANTONIA, sola.

El pobre Juan, es buen hombre,
y me quiere... eso es verdad,
y si no fuera tan tonto...

pero... ¿qué remedio hay?

ESCENA III.

DICHA, LUIS.

- ANT. (Don Luis aquí.)
LUIS. Dios conserve
á todas las chicas guapas,
y á tu gracia, que no es poca,
aumente su santa gracia.
- ANT. Usted siempre está de broma.
LUIS. Si al ver la cara de pascua
de una muchacha bonita,
yo no sé lo que me pasa;
pero te aseguro, Antonia,
que es mi corazón un ascua,
y que por todo mi cuerpo
siento retozar el alma.
Esto es una enfermedad.
- ANT. Pues procura usted curarla
ántes que se arraigue mucho.
LUIS. Lo procuraré, muchacha.
- ANT. En Alicante hay doctores
de bastante ciencia y fama.
LUIS. Sólo á mí puede curarme
algun médico con faldas.
ANT. Pues médico de esa clase
aún por aquí no se gastan.
- LUIS. Hay aquí cada morena...
pues .. como tú... verbi gracia,
que resucitara á un muerto
á poco que se empeñara.
Pues... ¿y las rubias? ¡Qué rubias,
Antonia, las de estas playas!
- ANT. Vaya, á usted le gustan todas.
LUIS. Hija, por no desairarlas.
Pero vamos á mi asunto.
- ANT. Hable usted.
LUIS. Hija del alma,
yo quiero darte tres cosas.
- ANT. Tres nada ménos?... ¡Caramba!

LUIS. Y necesito saber
si estás dispuesta á tomarlas.

ANT. En el tomar no hay engaño.

LUIS. Ya veo que tienes alma.

ANT. (¿Qué querrá darme?)

LUIS. Pues mira,
puesto que no me desairás. (La abraza.)

ANT. ¿Qué hace usted?

LUIS. Es la primera
de las tres cosas.

ANT. ¡Caramba!

Si alguno lo hubiera visto...

LUIS. Diría que eres muy guapa,
y que yo no soy un hombre
que se marcha por las ramas.

ANT. ¿Qué más tiene usted que darme?

LUIS. Tengo que darte esta carta,
y además este doblon.

(Le da ambas cosas.)

ANT. ¿Cinco duros? (¿Será falsa?)

LUIS. Veo que sabes contar.

Sí, cien reales, muchacha,
que si el ministro de Hacienda,
te los ve, de ellos se encanta,
y ya no vuelves á verlos
en toda tu vida.

ANT. Vaya,
pues procuraré guardarlos
en lo más hondo del arca.

LUIS. Harás bien?

ANT. Y diga usted...
¿para quién es esta carta?
porque el sobre...

LUIS. Sí, está en blanco...

Es para esa jóven pálida
que anoche llegó á la fonda.

ANT. ¿La que habita en esta sala?

LUIS. Precisamente.

ANT. ¡Dios mio!

LUIS. ¿De qué te asustas? ¿Qué pasa?

ANT. Usté no sabe sin duda
que esa jóven es casada.

- LUIS. ¿Casada? ¡Cuánto me alegro!
- ANT. ¡Señorito!
- LUIS. Toma... guarda
por la noticia ese duro. (Le da uno.)
- ANT. (Y van seis. Estoy en Jauja.)
- LUIS. Dime ¿quién es el marido?
- ANT. Aquel que la acompañaba.
- LUIS. Si yo le creí su abuelo.
- ANT. Las apariencias engañan.
- LUIS. ¡Una mujer tan bonita
casada con aquel facha!
- ANT. Conque me figuro?...
- LUIS. ¿Qué?
- ANT. Que no he de entregar la carta.
- LUIS. Todo lo contrario, chica.
Ahora urge más entregarla.
- ANT. Pero ¿no es carta de amor?
- LUIS. Sí tal.
- ANT. Mas siendo casada?...
- LUIS. Por lo mismo. Es necesario
dar libertad á esa esclava;
yo soy liberal, Antonia,
pero muy liberal... ¡vaya!
- ANT. Usté no respeta estado...
- LUIS. No, yo no respeto nada.
Las mujeres se dividen
tan sólo en feas y guapas:
y yo acoto las segundas.
- ANT. ¡Pero don Luis, qué audacia!
Enamorar á solteras,
pase... es costumbre arraigada,
pero á las mujeres propias...
- LUIS. ¡Eh! No hay propiedad que valga.
La propiedad es un robo,
segun cierto autor declara,
y yo que tengo en política
ideas muy avanzadas,
detestó los monopolios,
la amortizacion me carga,
el estanco me exaspera,
y quiero sin más tardanza
desamortizar á todas

las que tengan buena cara,
y que de hoy más la belleza
no continúe estancada
en provecho solamente
de los tontos que se casan.
La mujer debe ser libre
y circular por la plaza
como en la Bolsa circulan
los títulos y la plata.

ANT. ¿Conque usted es socialista?

LUIS. ¿Tambien tú entiendes, muchacha,
de esas cosas?

ANT. Pues si Juan
de eso á todas horas habla.

LUIS. ¿Quién es Juan?

ANT. El camarero.

LUIS. Entiendo. Y tú con él tratas
de las crestiones sociales.

ANT. Como de ellas todos hablan.

LUIS. Y dí... ¿te ha desestancado?

ANT. No, señor.

LUIS. ¿De veras?

ANT. ¡Vaya!

Aunque Juan piensa tambien
que la propiedad es farsa,
no es de su opinion de usted
en materia de casadas.

LUIS. ¡Qué bárbaro!

ANT. Yo le he oido
decir muchas veces... ¡vaya!
que las mujeres tenian
una obligacion sagrada
de ser fieles al marido.

LUIS. Pues Juan es un papanatas
que está por civilizar,
mas yo, que hago propaganda
en favor de mis ideas,
que son las más acertadas,
desairraigaré las tuyas,
por si algun dia te casas
con él y juzgas prudente,
que lo juzgarás, no marra,

- ponerte en circulacion.
- ANT. ¡Qué cosas dice usted!
- LUIS. ¡Vaya!
- Si tambien á los maridos
les conviene eso, muchacha.
- ANT. Entónces conviene á todos.
- LUIS. Qué duda cabe.
- ANT. ¡Caramba!
- Nunca lo hubiera creído.
- LUIS. Ya te hablaré con más calma.
- ANT. Pues, con permiso de usted,
me voy por si acaso llaman.
- LUIS. Anda con Dios, buena moza.
Conque ¿entregarás la carta?
- ANT. Como encuentre una ocasion..
- LUIS. Si tú procuras buscarla,
la encontrarás de seguro,
pues es cosa averiguada
que para engañar os dais
las mujeres buena maña.
- ANT. Pues, don Luis, hasta luego.
- LUIS. Adios y ¡viva la gracia!
(Váse Antonia por el foro.)

ESCENA IV.

LUIS, á poco D. CLETO y ELISA.

- LUIS. Es una chica aceptable
esta Antonia; tiene alma
y comprende las ideas
que la humanidad proclama.
Será fácil instruirla
y sacar de ella una alhaja.
- CLETO. (Sale con Elisa.)
Caballero...
- LUIS. Servidor...
Señorita!... (Es una ganga
si yo logro que me quiera
una mujer de esa lámina.)
- CLETO. Con el permiso de usted.

(Se sienta junto á una mesa llena de periódicos, y lee.)

LUIS. (El muy bárbaro la trata
cual si fuera un trapo viejo.
No la hace caso, ni la habla.
Del desden de su marido
tendré yo que indemnizarla.)
Hace calor, señorita.

ELISA. Sí.

LUIS. Alicante es una fragua
más bien que un puerto de mar.

ELISA. Cierto.

LUIS. Quien deja su casa
buscando comodidades,
á juicio mio, se engaña.

ELISA. Es verdad.

LUIS. (Pues no es mujer
que gasta muchas palabras.)
Y, sin embargo, en verano
casi todo el mundo paga
tributo á la moda y sale
á mudar de aires y aguas
para ponerse mejor
aunque no le duela nada.

ELISA. En efecto.

LUIS. (Ella no es muda
pero bien poco le falta.)
Usted será de Madrid,
se lo conozco en la cara,
y en el aire y en el traje,
sobre todo en la elegancia...
(Procuraré insinuarle
poquito á poco y con maña.)
No hay como las madrileñas,
eso es sabido.

ELISA. Mil gracias.

CLETO. (¿Pues no la está requebrando
este mocito en mis barbas?)

LUIS. Va usted con frecuencia al Prado?

CLETO. Va cuando le da la gana.

(Sigue leyendo.)

LUIS. Me lo figuro.

- CLETO. Papá
se conoce que se enfada
muy pronto.
- ELISA. Este caballero
es mi esposo.
- LUIS. Eso ya cambia.
Nunca lo hubiera creído.
Usted es una muchacha,
y este caballero ya...
- CLETO. (Vamos, ¿á que ahora me llama
viejo?)
- LUIS. (Á D. Cleto.) ¿Qué edad tiene usted?
- CLETO. Y á ustedé qué le importa?
- LUIS. Nada.
Podrá ustedé tener sesenta
ó sesenta y dos. . . ¡Qué lástima!
Va usted á enviudar muy pronto,
señorita.
- CLETO. (Ya me carga.)
- LUIS. ¿Le gusta á usted la política,
señor don?... ¿cómo es su gracia?
- CLETO. Me llamo Cleto, nací
el año doce en Arganda,
no tengo padre ni madre,
me casé hace tres semanas,
mi mujer se llama Elisa,
tengo en Madrid una casa,
soy cesante de fomento,
he sido exento de guardias,
he tenido cuatro novias,
una era rubia, otra chata,
pelinegra la tercera,
y mi mujer es la cuarta;
padecí la tos ferina
de chico, me casé en Málaga,
soy zurdo, tengo en política
ideas republicanas.
¿Qué más quiere ustedé saber?
- LUIS. Nada más, con eso basta.
- CLETO. No, puede ustedé preguntar
con franqueza...
- LUIS. Muchas gracias.

¿Conque usted es republicano?

CLETO. Sí, señor.

LUIS. ¡Cuánto me agrada!

¿por supuesto, socialista! (Elisa lee.)

CLETO. La doctrina Proudhoniana,
es decir, el socialismo,
creo que es la gran palanca
que ha de conmover el mundo.

LUIS. Vengan esos cinco.

CLETO. (Le da la mano.) Vayan.

La propiedad es un robo.

LUIS. Pero usted tiene una casa...

CLETO. Sí, y en mi pueblo unas viñas.

LUIS. ¿Viñas también? ¡Qué desgracia!

CLETO. En aras de mis ideas,
yo sabré sacrificarlas
en el momento oportuno.

LUIS. Y yo espero que la patria
sabrà premiar su heroísmo.

ELISA. (La conversacion es grata.)

CLETO. ¿Conque usted, por lo que veo,
piensa también?...

LUIS. Ahí es nada;
soy el primer solicialista
que come pan en España.

CLETO. Hombre, lo que son las cosas;
al hallarle en esta sala,
me fué usted poco simpático.

LUIS. Pues lo siento.

CLETO. ¡Qué bobada!
Ahora ya somos amigos,
casi hermanos.

LUIS. (Esto marcha.)

CLETO. La comunidad de ideas...

LUIS. ¿Quién lo duda?

CLETO. Cosa clara.

LUIS. En ese cuarto me tiene
á sus órdenes.

CLETO. Mil gracias.
Nuestra habitacion es esa,
cuando quiera usted honrarla...

LUIS. Mi persona y cuanto tengo

- es suyo.
- CLETO. Con confianza
puede disponer tambien
de lo mio cual le plazca.
- LUIS. Aprovecharé el permiso.
- CLETO. Hará usted bien.
- LUIS. (Él me allana
el camino.)
- CLETO. (Mirando el reloj.) Mas ¿qué veo?
son las once y media dadas
y yo queria bañarme
ántes de almorzar.
- LUIS. La playa
no está muy lejos.
- CLETO. Pues voy
á ponerme al punto en marcha.
Adios, amigo.
- LUIS. Lo malo
es que el sol á esta hora abrasa,
y su señora de usted...
- CLETO. No, mi mujer no se baña.
- ELISA. Te esperaré en nuestro cuarto. (Se levanta.)
- LUIS. Si molesto en esta sala
me retiro.
- ELISA. No señor.
- CLETO. ¿Y qué has de hacer encerrada?
Puedes esperarme aquí.
- ELISA. Como quieras. Si no tardas.
- LUIS. (Un marido, más marido,
ni con un candil se halla.)
- CLETO. Pues adios. Voy á tomar
el sombrero y el paraguas.
(Váse por la derecha.)

ESCENA V.

ELISA, LUIS. La primera se sienta y lee.

- LUIS. (La ocasion hace al ladron,
dice un refran verdadero;
y algunos la pintan calvá

y con un sólo cabello,
de modo, que asirse á él
es lo más prudente y cuerdo.
La propiedad es un robo,
segun dice ese mastuerzo,
luégo atentar á la suya
es natural. Pues atento.)

ELISA. (Yo no sé por qué ese hombre
me hace temer.)

CLETO. (Sale por la derecha con un gran sombrero de paja
y un paraguas encarnado.)

Hasta luégo.

(Váse por el foro.)

LUIS. Señorita?

ELISA. Mande usted.

LUIS. Qué es lo que está usted leyendo?

ELISA. *La Esperanza.*

LUIS. Por lo visto
no es usted, como don Cleto,
socialista.

ELISA. Yo no soy
más que mujer.

LUIS. Ya lo veo;
y es usté mujer capaz
de volver loco al más cuerdo
sólo con una mirada.

ELISA. Suplico á usted, caballero,
que deje de echarme flores.

LUIS. Y por qué?

ELISA. Porque no debó
escucharlas.

LUIS. ¿Y por qué?

ELISA. Yo soy casada.

LUIS. Lo creo.

ELISA. Y honrada.

LUIS. No lo disputo.

ELISA. Y lo seré.

LUIS. No lo niego.

ELISA. Fiel por lo tanto á mi esposo.

LUIS. Si?... (No se pone bien esto.)

ELISA. Y sepa usted que le amo.

LUIS. ¿Á quién?

ELISA. ¿Cómo á quién? Á Cleto.

LUIS. Perdone usted, señorita,
eso sí que no lo creo.

ELISA. ¿Se atreve usted á insultarme? (Se levanta.)

LUIS. No, señora, nada de eso.
Pero, cómo he de creer
que una mujer de ese mérito,
con esa mano tan mona,
con ese pie tan pequeño,
esa boca y ese cutis,
esa nariz y ese cuerpo,
ame á un señor, que no dudo
que sea un hombre muy bueno,
mas parece un alcornoque,
y lo será...

ELISA. Caballero.

Yo le diré á mi marido...

LUIS. Bien, dígame usted que siento
un amor piramidal,
incommensurable, inmenso,
que su presencia de usted
hizo un volcan de mi pecho,
que la cruz del matrimonio
es para él de mucho peso,
y que quiero hacer con él
las veces de Cireneo.
Dígame usted que la adoro,
que tengo formal empeño
en que usted me corresponda,
y que conseguirlo espero
á fuerza de amor constante
y de súplicas y ruegos.

ELISA. Prefiero tomarlo á broma.

LUIS. Pues estoy hablando en serio.

ELISA. Mi marido...

LUIS. ¿Á él qué le importa?

ELISA. ¿Cómo que le importa?

LUIS. Cierto.

Él, á fuer de socialista,
es un partidario acérrimo
de que los bienes del uno
sean para todos.

- ELISA. Bueno.
- LUIS. Pues siendo usted suya, yo...
- ELISA. Basta, escuchar más no quiero.
- LUIS. Señora, sea usted amable,
de rodillas se lo ruego. (Se arrodilla.)
- ELISA. Levante usted. Si le vieran...
- LUIS. No me moveré del suelo
mientras usted compasiva...
- ELISA. Alguien se acerca.
- CLETO. (Apareciendo en la puerta del foro.)
¡Qué veo!
- LUIS. (Sin levantarse.)
Se ha bañado usted tan pronto?
- CLETO. No señor, pero estoy fresco.
- ELISA. Cleto, yo te explicaré...
- CLETO. Vete... lo mando, lo ordeno.
(Váse Elisa por la derecha.)

ESCENA VI.

D. CLETO, LUIS.

- LUIS. Ha llegado usted á estorbar.
- CLETO. ¿Conque á estorbar? Pues me alegro.
¿Qué hacia usted á los piés
de mi esposa, caballero?
- LUIS. Hombre, queria explicarla
una leccion de provecho
sobre socialismo práctico,
y ya la iba convenciendo
cuando usted con su presencia
desbarató mis proyectos.
- CLETO. Y usted explica sus lecciones
de rodillas en el suelo?
- LUIS. Sí señor, cuando el discípulo
tiene enaguas y buen cuerpo.
- CLETO. Pero usted qué pretendia?
- LUIS. No es difícil comprenderlo.
Usted, amigo, es casado,
yo todavía soltero,
y segun del socialismo
nos enseñan los maestros.

lo que es de uno es de todos,
creo que estoy en lo cierto.

CLETO. No he visto descaro igual.

LUIS. ¿Ahora sale usted con eso?

CLETO. Mi honor exige que ahora
los dos nos desaliemos,
y que usted me mate á mí
ó que yo le deje muerto.

LUIS. Hombre... ¡qué vulgaridad!
Eso ya no es de estos tiempos.
Los hombres civilizados
ya no se baten por eso.

CLETO. Yo quiero ser un salvaje.

LUIS. Pues amigo, para serlo
no necesita batirse.

CLETO. Pues no quedo satisfecho
sino bebiendo su sangre.

LUIS. ¿No es mejor beber Burdeos?
Suponga usted que salimos
al campo y le rompo un hueso,
ó le mato, que es posible,
¿qué va usted ganando en ello?

CLETO. Hombre, nada.

LUIS. Pierde usted.

CLETO. Sí, ya veo lo que pierdo.
Pero la suerte al marido
favorecerá, lo espero.

LUIS. Pues no es esa la costumbre.
Mas supongamos, don Cleto,
que me mata usted á mí.

CLETO. Eso es lo que yo deseo.

LUIS. Como Elisa es muy bonita,
usted es bastante feo,
ella lista, usted no mucho,
ella jóven y usted viejo,
y tiene tantos golosos,
fruta de cercado ageno,
y hoy la propiedad no es cosa
que inspira mucho respeto,
si no soy yo, será otro,
con que será lo más cuerdo
que usted respete mi vida

cual yo la suya respeto,
y al fin más vale que sea
un socialista que un neo.

CLETO. No logra usted convencerme.

LUIS. Es usted un tonto, don Cleto.

CLETO. Hombre, ¿conque soy un tonto?

LUIS. Sí, señor.

CLETO. Porque no quiero?...

LUIS. Precisamente.

CLETO. Si sigue
hablando mucho, me pierdo.

LUIS. Pero hombre...

CLETO. Cállese usted.

LUIS. Tenga usted calma.

CLETO. No quiero.

LUIS. Pero...

CLETO. No me da la gana.
Espéreme aquí un momento.
Voy á sacar la escopeta
y á matarle como á un perro
si no se bate conmigo,
pero al momento, al momento...

LUIS. Pero, hombre, ¿y el socialismo?...

CLETO. Me hago absolutista. Vuelvo.

(Váse por la derecha.)

ESCENA VII.

LUIS, solo.

Ese hombre es un animal,
pero yo no retrocedo;
me gusta Elisa, y haré
que al fin la vengán mis ruegos.

ESCENA VIII.

DICHO, ANTONIA.

ANT. ¿Todavía está usted aquí?

LUIS. Sólo por verte, morena.

ANT. Ya empieza usted otra vez.

- LUIS. Y empezaré otras trescientas,
miéntras que tú no me dejes
concluir.
- ANT. Tambien es tema.
- LUIS. Chica, tú me gustas mucho.
- ANT. Déjeme usted en paz.
- LUIS. La guerra
es, Antonia, mi elemento,
con contrarios de tus prendas.
Tonta, déjate querer.
- ANT. Digo que no quiero ¡ea!
- LUIS. Dame un abrazo. (La persigue.)
- ANT. (Huye.) Que no.
- LUIS. No te escaparás, tontuela.
- ANT. Que grito.
- LUIS. Ya te pillé. (La abraza.)
- ANT. ¡Mi marido! (Juan entra por el foro.)
- JUAN. ¡Santa Tecla!

ESCENA IX.

DICHOS, JUAN.

- LUIS. ¿Tambien eres tú casada?
Pero esto es una epidemia.
- JUAN. (Á Antonia.)
Te he de matar á estacazos.
(Á Luis.)
Y usted espéreme á que vuelva.
(Váse por el foro.)

ESCENA X.

ANTONIA, LUIS.

- ANT. ¡Ay! Que va por el fusil.
- LUIS. ¿Por el fusil? ¿Es de veras?
- ANT. Sí, señor; si es voluntario.
- LUIS. ¿Voluntario? (Este le pega
un tiro á cualquier nacido.)
- ANT. Huya usted.
- LUIS. Mujer, no temas.

- ANT. ¡Si conoceré yo á Juan!
Cuando digo que es muy bestia
y le pega á usted un balazo,
y luégo despues se queda
tan tranquilo.
- LUIS. ¡Qué animal!
- ANT. Estas son las consecuencias...
- LUIS. No moralices ahora,
porque la ocasion no es buena.
- ANT. Póngase usted en salvo.
- LUIS. Voy,
porque la cosa es muy seria.
(Se dirige hácia la puerta de la derecha: D. Cleto se
presenta en ella apuntándole con una escopeta.)
- CLETO. Si da usted un paso, le mato.
- LUIS. Pues estoy bien!
(Se dirige á la puerta del foro, á tiempo que aparece
en ella Juan con un fusil con bayoneta calada.)
- JUAN. Á otra puerta.
- LUIS. Me encierro en mi habitacion.
(Se dirige hácia ella, pero se detiene al oír á los
otros.)
- CLETO. Alto ahí!
- JUAN. Quieto!
- LUIS. (Me mechan.)

ESCENA XI.

DICHOS, D. CLETO, JUAN.

- LUIS. Señores, parlamentemos.
- JUAN. No tal, no se parlamenta.
Ha abrazado á mi mujer.
- CLETO. Dijo á la mia ternezas.
- LUIS. El socialismo autoriza
ciertas libertades.
- CLETO. Cesa,
si no quieres que ahora mismo
te haga saltar la cabeza.
- JUAN. ¡Badulaque!
- CLETO. ¡Seductor!
- LUIS. Basta ya de insultos, ¡ea!

- Entrégame ese fusil.
- JUAN. Antes me arranca una muela.
- LUIS. Puesto que don Cleto está armado con su escopeta, yo necesito algun arma para ponerme en defensa.
- JUAN. Yo voy á matarle á usted.
- ANT. Marido, no seas bestia.
- JUAN. Ya te daré una paliza para recuerdo, borrega.
- CLETO. Usted no puede matarle.
- JUAN. Y por qué?
- CLETO. Porque mi ofensa es mayor.
- JUAN. Más es la mia.
- CLETO. (Cogiendo á Luis de un brazo.) Venga usted conmigo.
- JUAN. (Id.) Venga.
- LUIS. Que me están descoyuntando.
- JUAN. Matémosle al punto. (Monta el fusil.)
- CLETO. (Id.) Muera.
- JUAN. Á mis manos.
- CLETO. Á las mias.
- ANT. Juan...
- JUAN. Déjame.
- ANT. Quita.
- JUAN. Suelta.
- CLETO. Yo le he retado primero.
- JUAN. Yo no entiendo de monsergas. Déjeme usted que le mate y haga despues lo que quiera.
- CLETO. Yo no quedo sin venganza.
- JUAN. Formar consejo de guerra y fusilarle.
- CLETO. Es mejor que al año de la moneda lo juguemos; el que gane lo mata.
- JUAN. Buena ocurrencia.
- LUIS. ¿Van ustedes á rifarme?
- JUAN. Si habla, cortarle la lengua.
- LUIS. Hombre... ¡qué barbaridad!

CLETO. Aquí tengo una peseta. (Saca una.)
¿Cara ó cruz?

JUAN. Cara.

(D. Cleto tira la peseta al aire. Cuando cae en el suelo, todos se adelantan á mirar, Luis la coge rápidamente y se la guarda en el bolsillo.)

LUIS. Yo gano.
La propiedad es... etcétera.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ELISA.

ELISA. ¿Qué pasa aquí?

CLETO. Que este hombre
ha de morir.

ELISA. ¡Qué simpleza!

¿No atacan tus teorías
á la propiedad ajena?

CLETO. Sí.

ELISA. ¿Y por más que tú la ataques
hay alguno que la pierda?

CLETO. No, porque nuestras doctrinas
en casi nadie hacen mella.

ELISA. Pues deja al señor que siga
por la desdichada senda
de perseguir á casadas,
que si son honradas ellas,
con su desden y su burla
harto castigado queda.

CLETO. Elisa, tienes talento.
Voy á dejar la escopeta.
(La deja junto á la puerta derecha.)

JUAN. Pero á Antonia la abrazó.

ANT. Te juro que fué á la fuerza.

ELISA. Pues un abrazo robado,
ni á él nada le aprovecha,
ni puede á usted ofenderle.

LUIS. (La leccion ha sido buena.)

JUAN. (Le daré dos ó tres palos
en el momento que pueda.)

- CLETO. Abrazame, Elisa. (La abraza.)
JUAN. (Á Antonia.) Y tú. (La abraza.)
LUIS. Que aproveche. (Bien se vengan.)
(Al público.)
Señores, en este día
me he portado como un bobo,
pero por fortuna mía,
insisto en mi teoría.
LA PROPIEDAD ES UN ROBO.
CLETO. Mi razon extraviada
me hizo tomar por verdad
esa doctrina malvada,
y hoy reclamo una palmada
porque esa es mi propiedad.
(Cae el telon)

FIN.

